

Tres días de julio

Federico ABASCAL

El pasado jueves, día 1, Europa Press hacía sonar la campanilla de sus telex para anunciar, a las seis y veinte de la tarde, el siguiente despacho: "No oficial. El presidente Arias Navarro ha dimisio[n]ado". Hasta las nueve y media de la noche retuvo RTVE la noticia, aunque algún diario, como "El País", había lanzado ya una edición extraordinaria. La gente mantuvo su calma habitual, y todo simulacro de sorpresa fue oportunamente calificado de fingido. A última hora de la noche, sin embargo, podían detectarse en la calle algunos signos de esperanza. Tres días más tarde se volatilizó la esperanza, y el "week-end", al atravesar la Cuesta de las Perdices, renovaba su condición de evasión ciudadana. En setenta y dos horas se produjeron estos hechos:

Día 1: Bochorno y protocolo

Nadie se preguntaba en las Redacciones de los diarios el *por qué* de la noticia. Se trataba, en el fondo, de saber si el asunto, sorprendente desde un ángulo estrictamente informativo, debía enfocarse como una dimisión o como un cese. Y en este último caso, el problema se reducía a saber qué factor —fragilidad de la reforma, economía declinante, incomunicación entre oposición y Gobierno...— había desencadenado la crisis.

Estalla a media tarde la tormenta meteorológica, tras una jornada de bochorno, y se apunta ya un dato para iniciar la pesquisa informativa: el presidente Arias, el día anterior, había sido convocado desde la Zarzuela, mediante llamada telefónica, para acudir al Palacio de Oriente, el día 1, a la una y media de la tarde. (En palacio, con todo el protocolo suntuario de las ceremonias diplomáticas, presentaban sus cartas credenciales cuatro nuevos embajadores: de Argentina, Sudán, Camerún e Irak). El sol hacia brillar espectacularmente los uniformes de gala, y las estatuas de la plaza de Oriente ofrecían sus perfiles más blan-

cos. El señor Arias penetró en el recinto real con risueña alegría.

El decorado político era perfecto para una decisión a gran altura. La audiencia al presidente se celebró en el despacho de Alfonso XIII, abuelo de don Juan Carlos, mientras a un tiro de piedra, en el viejo Senado —un edificio senil y demócrata— se reunía el Consejo Nacional del Movimiento. Y a un corto paseo a buen paso, en la plaza de las Cortes, se había convocado al Consejo del Reino a una hora eminentemente lorquiana: las cinco de la tarde. La macroestructura del Régimen, pasado y presente en esta transición difícil, se hallaba, pues, fortuita o no tan fortuitamente, concentrada en la capital del Reino. Sólo faltaba algún ministro, como don Alfonso Osorio, que había salido de Madrid hacia Málaga por asuntos privados.

La audiencia entre el Rey y el jefe del Go-

bierno duró veinticinco minutos. No hay acuerdo o, mejor dicho, no puede obtenerse un denominador común a las distintas versiones sobre el asunto en estas primeras horas de la crisis. Pero la opinión más generalizada insiste en que el señor Arias, con indisimulada sorpresa, intuyó desde el primer momento que el Rey había decidido prescindir de sus servicios, a lo que el presidente no opuso el menor inconveniente. Su salida de palacio pasó inadvertida, y sólo se sabe que a continuación se dirigió a un restaurante para almorzar con dos amigos: el ex ministro García Hernández, hombre de su entera confianza, y el consejero señor Pinilla. El almuerzo, al parecer, transcurrió en un ambiente de cierta pesadumbre, aunque se fueran brindis alegres sobre el futuro personal, y ya privado, del señor Arias.

Se hacía necesario informar a los ministros, y el cesado presidente convocó un Consejo especial a las ocho de la tarde. Los informadores, nacionales y extranjeros, acudieron a la sede de la Presidencia, en Castellana, 3. Los fotógrafos deseaban captar el semblante del señor Fraga, quien llegó a

pie y con su sonrisa de gala. Minutos antes había asegurado en su despacho a una periodista que la crisis "aceleraría la reforma". En todas las Redacciones se intuía que el ministro del Interior conocía la clave del asunto.

El señor Arias habló a sus ministros —excepto a don Alfonso Osorio, en Málaga— en un tono de sincera amargura. Y dirigió palabras de señorío sumisión y afecto al Rey. No hubo, al parecer, réplica de los ministros hasta que el vicepresidente primero, general De Santiago, tomó la palabra para mostrar al señor Arias la simpatía de todo el Gabinete. El acto había durado once minutos.

El Consejo, sin embargo, continuó al amparo de las normas constitucionales bajo la presidencia del general De Santiago. Y al final se facilitó a la prensa un comunicado oficial. Los hechos eran ya, a las diez de la noche, irreversibles. Empezaban las especulaciones sobre el



El Rey y Arias.
Adiós...

nuevo jefe de Gobierno. ¿Quién sería el primer ministro?

Se filtró una leve noticia, a través de las forzadas confidencias, sobre las relaciones personales en el Gabinete anterior. Y una fuente de primer orden aseguró que don Carlos Arias se había despedido muy friamente del señor Areilza. El *cese* procedía, al parecer, del Rey, y el ministro de Asuntos Exteriores era, también al parecer, el hombre en que había depositado don Juan Carlos toda su confianza. Había sido Areilza, al mismo tiempo, el puente que en otras ocasiones sirvió de enlace entre la Zarzuela y Estoril. Las apuestas en los medios políticos se canalizaban hacia el hombre que, ni dentro ni fuera de España, había desfallecido últimamente en sus declaraciones aperturis-

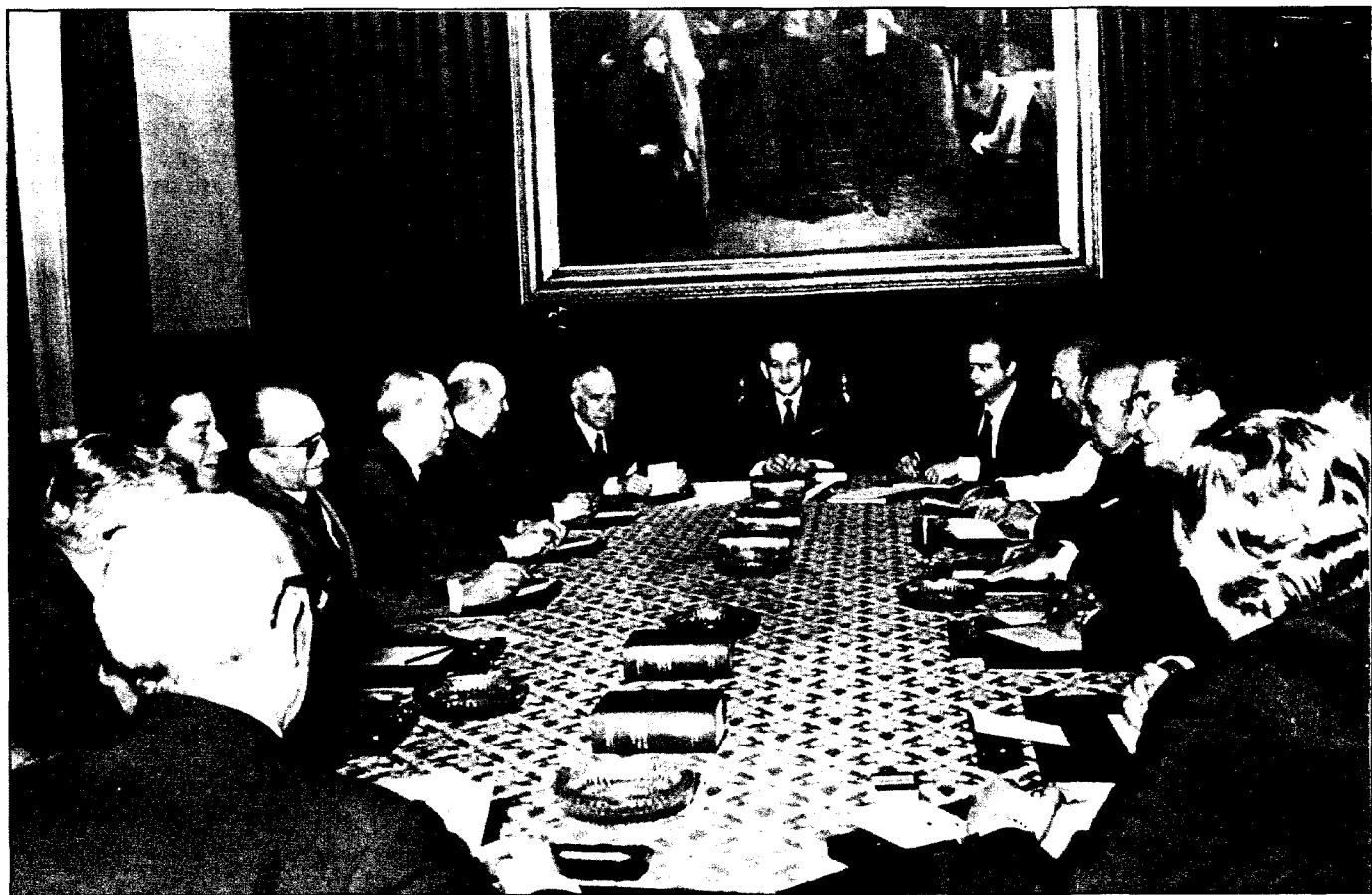
tas, y un militar. ¿Gutiérrez Mellado, nombrado el día anterior en el “Boletín Oficial del Estado” jefe del Estado Mayor Central, o Vega, quien pudo haber trasladado a la Zarzuela el célebre *memorándum* de don José Antonio Girón al general Milans del Bosch? Esta misma tarde, el teniente general Gutiérrez Mellado fue recibido por el Rey en la Zarzuela.

El miércoles, 30 de junio, pasó don Carlos Arias el *Ecuador* de su mandato presidencial. Los dos años y medio cumplidos en Castellana, 3, fueron duros, y el homenaje que le ofrecieron con ese motivo sus más íntimos colaboradores le pareció al presidente como el presagio de una despedida. Y así lo dijo a los postres de un almuerzo discretamente multitudinario.

La noche termina con la noticia de que el Consejo del Reino, máximo órgano consultivo del país, va a reunirse a las cinco de la tarde del día siguiente para elaborar una terna de posibles jefes de Gobierno. Y la oposición política cierra filas en torno a un comunicado conjunto en el que no aparecen fisuras de ningún tipo.

Día 2: Arias juega al golf

La vida oficial se paraliza en espera de la terna que pueda proponer más tarde al Rey el Consejo del Reino. Pero es viernes, y el presidente interino, general De Santiago, decide celebrar el habitual Consejo de Ministros. Mientras surgen sobre la mesa del Gabinete temas,



al parecer, olvidados —como un balance del III Plan de Desarrollo— y otros inevitables —como un concurso para trazar la autopista entre Alicante y Murcia—, el señor Arias Navarro juega al golf en El Escorial y, de sobre-mesa, una partida de mus. Pero en Castellana, durante el Consejo de Ministros, resucita lo que parecía haber anestesiado Villar Mir definitivamente: el IV Plan de Desarrollo. Y se adoptan una serie de normas para amortiguar los efectos de la pertinaz sequía. Inquieta, sin embargo, en las Redacciones el significado de la resurrección inopinada del IV Plan de Desarrollo. ¿Volvemos, se preguntan los periodistas, a los tiempos de la planificación tecnocrática?

La mañana es larga y, en espera de las noticias del Consejo del Reino, se reúnen treinta y dos personalidades de la oposición para redactar un documento que firman ya los sectores socialdemócratas y liberales junto a Coordinación Democrática, excepto tres movimientos: ORT, vinculada a CD la noche anterior; Movimiento Comunista y Partido del Trabajo.

La reunión del Consejo del Reino, en las Cortes Españolas, primera planta, se inicia a las cinco y diez minutos de la tarde. Falta a la lista el representante de las Corporaciones Locales, no designado aún tras la dimisión del ex alcalde de Madrid, señor García Lomas. Pero han venido los consejeros catalanes, entre ellos el alcalde Viola Sauret, quien asegura, al terminar frustradamente la sesión, que "ha rezado mucho y va a rezar más aún".

La sesión termina tras más de ciento ochenta minutos de prospección de voluntades sin acuerdo. Se hace necesaria una nueva reunión el día siguiente, a las diez de la mañana. Desilusión. ¿Ha regresado la crisis a su lugar de

origen: un callejón sin salida, como sucedió hace siete meses? La impresión generalizada es que el Rey está al fondo de la crisis, pero no al frente de ella. Al frente de ella se alza la personalidad del presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, don Torcuato Fernández-

Miranda, quien habla a los periodistas con gran laconismo y seguridad.

Día 3: Llega la sorpresa

A las diez y media se reúne nuevamente el Consejo del Reino. El señor Fraga se marcha a Zaragoza, y en algunos sectores de Madrid se detecta cierta confusión en el poder. Gil-Robles es llamado a declarar a la Dirección General de Seguridad por su actitud, ponderada y ecuánime, la noche anterior, durante un frustrado homenaje a Dionisio Ridruejo. La presencia venerable e ingeniosa de Gil-Robles en la Dirección General de Seguridad sorprende a ciertos medios políticos, que se formulan una sola pregunta: ¿Era necesario?

El señor Arias ya es marqués de Arias Navarro, con grandeza de España, por comunicación real. Y a las dos y cinco minutos de la tarde se abren las puertas del Consejo del Reino y aparece, con rostro de fumata blanca, don Torcuato Fernández-Miranda. Asegura el presidente que se había complacido al Rey, tras dos sesiones de cordial discrepancia en el Consejo, y que iba a comunicar el resultado telefónicamente a Su Majestad. Los rumores crecientes apoyan la candidatura de Areilza hasta que, a media tarde, surge la sorpresa: Adolfo Suárez. Las despejadas y frondosas calles de Aravaca, barrio residencial de Madrid, reciben una atención informativa muy especial. Allí viven Areilza y, muy cerca, el señor Suárez, el vencedor de una crisis que se originó tal vez con el punto de mira enfocado hacia su nombre.

Había terminado la crisis, según algunas opiniones, y, según otras, no había hecho más que empezar. ■



María Amparo Suárez.
La familia entra en casa y se entera.